

MÉRIDA INTELLECTUAL Y SU CIRCUNSTANCIA

*Rafael Ángel Rivas Dugarte**

Discurso de Incorporación como Miembro Correspondiente
Nacional

28 de marzo de 2012

Debo comenzar expresando que efectivamente me llena de orgullo, mas no de envanecimiento, el estar esta tarde ante esta docta y notable audiencia, al ser recibido como Miembro Correspondiente Nacional de esta plurisapiente institución, que me ha honrado en sumo grado al elegirme. Una de las más elementales virtudes del hombre es el agradecimiento, hoy día tan preterido, y este es el que me lleva a expresar a los distinguidos académicos mi más profunda gratitud por el alto honor que se me ha concedido; pues, por sobre lo destacable que pudiera ser mi obra, se ha impuesto la generosidad de quienes me han designado para ser su compañero de viaje en la labor incesante de estimular, desarrollar, y difundir los

* Bibliógrafo. Individuo de Número de la Academia Venezolana de la Lengua, Sillón letra X. Miembro Correspondiente de la Real Academia Española.

conocimientos en las artes, humanidades y ciencias producidos en su seno y en la región.

Durante el proceso de compilación de las tres ediciones del diccionario **Quienes escriben en Venezuela**¹ en el que he venido trabajando durante los últimos 11 años junto a mi esposa, Gladys García Riera, hemos observado una presencia preponderante de la obra producida por los autores merideños o radicados en el estado. Del total de 6011 que aparecen incluidos en la 3ª edición, 680 entradas corresponden a este grupo de escritores y representan el 11.3%, porcentaje bastante alto al comparársele con lo producido por los otros 23 estados de la República.

A tratar de dar, en apretada síntesis, una somera explicación de los hechos que seguramente han intervenido en la conformación de esa realidad se dedican estas páginas, que van acompañadas de un *Diccionario de escritores merideños* especie de inventario que recoge los datos sobre la producción intelectual humanística y de las ciencias sociales, de los que

¹ 1ª ed. Caracas, CONAC, 2003, 419 p.; 2ª ed. Caracas, Edic. de los autores, 2006, 2 v. La 3ª ed. con título **Diccionario de escritores venezolanos**. Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 2012, 2 v. En prensa.

han cooperado con su creatividad al acervo literario, y con sus estudios a un mayor conocimiento y engrandecimiento de las ciencias y la cultura nacional y universal.

De una simbiosis entre el muy particular espacio geográfico, la sociedad y su tradición cultural, la universidad, la inmigración y el bagaje de los que se incorporaron venidos de otras comarcas, surge una notable y caudalosa obra. El merideño va sumando progresivamente a su patrimonio lo que trae el colonizador español, que no es poco, y las contribuciones constantes de otras comunidades, para así estructurar lentamente una cultura, una personalidad y una identidad propia y distinta. Bien lo expresó Marino Picón Salas al decir que: “La cultura de un país es la suma no solo de las creaciones originales sino de los préstamos cambiantes que cada pueblo – aun el más modesto– debió de realizar para configurar su historia”², y Mérida así lo ha hecho.

Desde el siglo XIX, nuestra ciudad se instituyó como un gran polo de atracción al que siempre han acudido aquellos ávidos de conocimientos, de un ambiente intelectual, de un título

² “Para unos nuevos perfiles venezolanos”, **Suma de Venezuela**. Caracas, Monte Ávila Edits. (Biblioteca M. Picón Salas, II), 1987, p. 191.

universitario como escudo para defenderse en la vida, o quienes solo buscan disfrutar de hermosos paisajes y buen clima, y aunado a ello encuentran el sosiego y el trato cordial y educado de sus moradores. Aquí se han radicado al toparse con el lugar ideal proclive para el estudio, la lectura, el enriquecimiento del espíritu y el intercambio de ideas. Muy atinadamente el poeta y ensayista Roberto Picón Lares escribe de Mérida: “ella posee el arte de adueñarse del cariño de quienes prueban sus encantos. Quien la conoció jamás la olvida: duele decirle ¡adiós!, y su recuerdo es grato y dulce”³. Muchos de esos llegados no regresan a sus lares de origen y más bien se asimilan a todo cuanto la región ofrece. Y así la producción y las ideas de los nativos y foráneos han ido integrando a través de los años un mundo pleno de creatividad y realizaciones, de obras que hoy podemos ver referidas en el *Diccionario* que estamos entregando.

Aunque el pueblo venezolano es el producto de una mezcla de razas, en Mérida se presentó ese mestizaje a partir de un sustrato hispánico mayor al de otras regiones y con un menor

³ “Mérida”, **Apologías. Obras escogidas**. México: Edit. Cvltura, 1950. V. I, p. 226.

influjo africano. Fundada y habitada en sus inicios por gentes provenientes de Pamplona, dependió en lo militar, jurídico, religioso y político del Virreinato de la Nueva Granada hasta 1777, cuando la Provincia de Mérida es adscrita a la de Venezuela; ello supuso un largo proceso de absorción cultural, de hábitos alimenticios, de léxico y de usos y modales que han perdurado hasta nuestros días. El medio geográfico con sus escarpados medios de comunicación, mantuvieron a Mérida más o menos alejada de los conflictos armados que asolaron porciones extensas del territorio nacional y determinaron el que, hasta hace pocas décadas, se mantuvieran costumbres sociales y religiosas más propias del período colonial. Todo eso dio como resultado gente conservadora, tradicionalista y cerrada que con dificultad permitía la entrada a sus círculos sociales e incluso familiares a los provenientes de otras regiones del país⁴. Sus hogares aún en los sectores más

⁴ Anota el académico, historiador, filólogo, jurista y político don Tulio Chiossone, quien se doctoró en Mérida y casó con merideña: “La sociedad merideña de esa época estaba formada por una élite aristocrática de familias que ostentaban sus abolengos y establecían un círculo casi infranqueable para visitantes y para personas y familias que consideraban inferiores por su educación, costumbres o procedencia. Se le llamaba ‘La godarria merideña’. Cuando se abrió al tráfico la Carretera Trasandina (...) fue cambiando el ambiente social de la Ciudad de los Caballeros”,

humildes, estaban siempre bien dispuestos, encalados y adornados con plantas ornamentales y jardines. Y, ¡no faltaba más!, de una limpieza proverbial. Conductas que permanecen y son de fiel observancia por parte de las familias merideñas.

Mérida en tiempos coloniales tuvo la fortuna de ser sede de diversos conventos y de colegios regentados por padres dominicos, agustinos y jesuitas. El más importante, el jesuita, “San Francisco Javier” fue fundado en 1629 y existió hasta 1767, cuando la congregación es expulsada de los dominios españoles americanos, tal vez por su constante intromisión en la política y el poder que habían adquirido. También parece haber influido en esa decisión el antijesuitismo del Conde de Aranda, principal asesor del monarca Carlos III. Con los 140 años de existencia del Colegio, su influjo debió ser notable pues por él pasaron 112 sacerdotes, unos teólogos y filósofos, otros, latinistas, lingüistas, poetas o historiadores⁵. La cátedra de

Memorias de un reaccionario. San Cristóbal, Biblioteca de Autores y Temas Tachirenses, 95, 1988, p. 106.

⁵ Véanse: el artículo de Juan Manuel Pacheco, S.J., “Los colegios coloniales de la Compañía de Jesús en Venezuela”, **Boletín de la Academia Nacional de la Historia** (Caracas), N° 206 (1969), pp. 239-256; y la “Nómina de los jesuitas que laboraron en el Colegio San Francisco Javier

Gramática se impartía allí y a quienes la cursaban se les permitía continuar estudios en el seminario o en la universidad y así lo hicieron algunos yendo hasta Santa Fe de Bogotá o Santo Domingo. El haberse instituido la universidad en 1810 le otorgó a Mérida una preeminencia intelectual sobre el resto de los estados, pues por muchas décadas además de la caraqueña solo existió esta, que al decir de Gonzalo Picón Febres es “el foco verdaderamente elevado y luminoso de la cultura y civilización de todo el Occidente del país”⁶.

Desde inicios del siglo XVII fueron llegando buenas bibliotecas a los colegios, conventos, al Seminario y a las casas de merideños de fortuna. El colegio jesuita llegó a contar con una de más de 1000 volúmenes⁷ que circularon entre los vecinos

que mostraban inquietudes intelectuales. Con el destierro de esta congregación su rico –para la época– repertorio documental así como otros bienes pasaron al Convento de los Dominicos de acuerdo a lo pautado en la Real Cédula del 6 de noviembre de 1773. Más tarde debió integrarse a los 617 tomos de que disponía el primer obispo de Mérida, Fray Juan Ramos de Lora, y que él donó al Colegio Seminario en 1790. La biblioteca pocos años después se incrementó aún más al sumársele los 2.994 volúmenes⁸ que el segundo obispo, Fray Manuel Cándido Torrijos trajo de España en 1794. Lamentablemente buena parte de esta biblioteca del Seminario fue saqueada en el año 1814 y muchos de los libros destruidos o quemados por las tropas del ejército realista al mando del brigadier Sebastián de la Calzada⁹.

(1628-1767)”, **Virtud, letras y política en la Mérida colonial: biografía del primer colegio de humanidades en Venezuela**. José del Rey Fajardo; Manuel Briceño Jáuregui y Edda O. Samudio. San Cristóbal, Universidad Católica del Táchira / Pontificia Universidad Javeriana, 1995 (3 v.), v. 2, pp. 9-134.

⁶ **Nacimiento de Venezuela intelectual**. Pról. de Domingo Miliani. 2ª ed. Mérida: ULA, 1968, t. I, p. 168.

⁷ Omar Alberto Pérez, “Libros y bibliotecas en la época colonial”, **Diccionario de Historia de Venezuela**. Caracas, Fundación Polar, 1988,

v. 1, p. 370. Véase también el catálogo de la “Biblioteca del Colegio San Francisco Javier (1628-1767)”, **Virtud, letras y política...** v. 2, pp. 9-134.

⁸ La información precisa la ofrece el Homero Calderón en su artículo “La biblioteca de Torrijos, minuta de un tesoro bibliográfico”, **Boletín del Archivo Histórico** (Mérida), N° 11 (2008), pp. 15-29.

⁹ Las obras que sobrevivieron fueron fruto de un exhaustivo análisis por parte del erudito canario Agustín Millares Carlo, en su **Libros del siglo**

En las bibliotecas venezolanas de los siglos XVII y XVIII¹⁰ abundaron las publicaciones de carácter religioso, y algunas otras de filosofía y ciencias. Fracasaron la iglesia con la Inquisición, y la Corona, a pesar de las numerosas Reales Cédulas dictadas a partir de 1531, en detener la entrada de obras como las novelas caballerescas, picarescas o pastoriles o las de teatro y poesía a las colonias. Pareciera que la Casa de Contratación de Sevilla, encargada de impedir el envío de los libros prohibidos a América, se hubiese adelantado varias décadas a poner en práctica aquello de que “se acata pero no se cumple”. Pasaron así al país libros que propagaban las ideas de la ilustración opuestas a los sistemas políticos vigentes o que divulgaban conceptos heréticos contenidos en los temas tratados por los enciclopedistas. Humberto Cuenca en su obra **La universidad colonial** nos comenta que “en las bodegas de los barcos de la Guipuzcoana venían clandestinamente,

empastados en verde, los volúmenes de la **Enciclopedia**, las obras de Rousseau, Voltaire, Diderot, Montesquieu, Locke, Helvecio, Grocio y otros”¹¹.

Entre las bibliotecas privadas importantes hay que destacar la que fue del abuelo materno de Mariano Picón Salas, Federico Salas Roo, en cuya casa vivió después de la muerte de su madre en 1901, y que tanto servicio dio al mismo Picón Salas y a su amigo y posterior pariente político Mario Briceño Iragorry; o la también rica de su tío abuelo, el sociólogo y lingüista Julio César Salas. Así mismo debemos destacar la que poseía el etnógrafo José Ignacio Lares en su casa de *La Isla* y que según nos comenta un familiar suyo el abogado Pedro Vetancourt Lares, era “una de las mejores bibliotecas particulares de la región” y la cual pudieron consultar algunos profesores y estudiantes¹². Considerable es el aporte de un personaje

XVI. Biblioteca “Tulio Febres Cordero”. Mérida, Universidad de los Andes, Consejo de Publicaciones, 1978. 178 p.

¹⁰ Sobre la existencia de obras en las bibliotecas particulares informa exhaustivamente el historiador Ildefonso Leal en su **Libros y bibliotecas en Venezuela colonial, 1633-1767**. Caracas, Academia Nacional de la Historia (Col. Fuentes para la historia colonial de Venezuela, 132-133), 1978. 2 v.

¹¹ Caracas, UCV, 1967, p. 54. El tema de los libros que llegaron a América fue estudiado con amplitud por Ramón de Basterra en su obra, **Una empresa del siglo XVIII: los navíos de la Ilustración: Real Compañía Guipuzcoana de Caracas y su influencia en los destinos de América**. Caracas, Imp. Bolívar, 1925. 307 p.

¹² **Semblanza de un caudillo**. Caracas: Publicaciones del Escritorio Vetancourt Lares, 1983, p. 21.

semimítico a quien se refiere Picón Salas como el Doctor Machy, Pierre Henri George Bourgoïn, agnóstico y científico, quien sirvió de intermediario entre la cultura gala y algunos de sus amigos merideños gracias a los libros que recibía de Francia. Él enseñó la lengua francesa a Mariano Picón Salas. Un extraordinario y polifacético personaje del siglo XX, Emilio Menotti Sposito igualmente tuvo una nutrida biblioteca a la que tenían acceso los jóvenes escritores de la ciudad.

Las condiciones económicas de la zona en las últimas décadas del siglo XIX y comienzos del XX van mejorando y la exportación del café y el comercio enriquecen a algunos vecinos de la ciudad. Esto les permite enviar a sus hijos a universidades prestigiosas, realizar viajes al exterior y traer de vuelta libros, objetos e instrumentos de arte, refinamientos en sus comidas y bebidas y sobre todo espíritus enriquecidos por el contacto con otras culturas y formas de vida. Leontine Roncajolo, escritora francesa¹³ casada con un merideño, escribe entre 1876 y 1892 que “a pesar de la lejanía y las dificultades de transporte para llegar al puerto de embarque

¹³ Escribió **Recuerdos de Venezuela**. Maracaibo, LUZ, 1968; trad. del francés por Marisa Vannini.

son muy pocas las familias que no han viajado varias veces a Estados Unidos o a Europa”¹⁴.

Influencia poderosa en la vida cultural la ejerció a partir de la penúltima década del siglo XIX la llegada de la “primera inmigración italiana”¹⁵. Provenía, la mayoría de las familias, de la pequeña Isla de Elba y en sus grandes baúles traían las obras de Dante, Petrarca y Bocaccio. Se establecieron sobre todo en los estados Trujillo y Mérida en donde encontraron la benevolencia del clima, la belleza y el verdor de una naturaleza que les recordaba a la que habían dejado en la isla que abandonaron en busca de una vida mejor. Ellas contribuyeron en buena parte a la formación de un ambiente más decantado. Aparecieron así apellidos que han venido dando lustre al intelecto andino, recordemos solo unos pocos: Patrizi, Papparoni, Paoli, Bottaro, Spinetti, Valeri, Sardi, Consalvi, Dini, Berti, Adriani, Pizani, Miliani, Burelli, Sposito o

¹⁴ Dice Agustín Codazzi, quien visitó la región en “los merideños tienen bastante perspicacia, profundidad en sus ideas y afición a la literatura”. El texto lo recoge Carlos César Rodríguez en su compilación **Testimonios merideños**. Mérida, Vicerrectorado Académico de la ULA, 1996, p. 269.

¹⁵ Marisa Vannini, **Italia y los italianos en la historia y en la cultura de Venezuela**. 3ª ed. Caracas, UCV, 1998, p. 501.

Carnevali. Ellos cooperaron ampliamente al desarrollo de la cultura, las artes, las ciencias, la industria y la tecnología, y junto a eso, estaban en posesión de una rica cultura gastronómica y enológica que fue rápidamente asimilada por los lugareños.

Y si hablamos de la gastronomía, indicio primario para el estudio civilizatorio de una región, desde finales del siglo XIX se degustaban exquisitos jamones planchados (la receta la ofrece Tulio Febres Cordero desde 1899)¹⁶, y para su elaboración se empleaban los jamones importados, York y Ferris¹⁷, Westfalia y Armour. Se conseguían además, los salchichones toscanos, salchichas, copa y *cotechini* de Bologna, así como los dátiles, el aceite de oliva, las aceitunas, hongos, alcachofas y las alcaparras¹⁸, el bacalao, los ostiones enlatados y frutos secos. A partir de 1889 comienzan a aparecer en las mesas merideñas las pastas: macarrones, espaguetis, lasañas,

¹⁶ *Cocina criolla o guía del ama de casa*. 7ª ed. Mérida, ULA, 2006, p. 49. Edic. facsímil. de la 1ª de 1899.

¹⁷ Rafael Cartay, *La mesa de la meseta*. Mérida, Edit. Venezuela, 1988, p. 48.

¹⁸ *Ibid.*, pp. 127-128.

lenguetas, raviolis y ñoquis; y se da inicio a la instalación en la ciudad de los *pastificios* y a comercializarse el *ferretti*, sencillo aparato usado desde los tiempos medioevales para su elaboración. Y así como no se concibe esta sin los quesos, se conseguían en el comercio los de Flandes, Edam, Gerone, Roquefort, Patagrás, Lugard, y el otro acompañante indispensable de toda mesa que se respete, los vinos. De los italianos se podían adquirir los Nebiolo, Aleático, Ansónica, Chianti, Monte Argentario, Vermouth, *Lachrima Christi*, Moscato y San Gioveto; de los franceses: el champán, el Medoc, el *Chateau Lafite* y el *Chateau La Rose*¹⁹; de los españoles los de la Rioja y el catalán Llopart. También vinos de Chipre, sin que faltaran el brandy Henessy, el whisky y la ginebra.

Briceño Irigorri en su novela **Los Riberas** hace referencia a las mercancías importadas que se expendían en el comercio merideño en la segunda década del siglo XX, entre los que se encontraban dos vinos dulzones, uno francés muy fino y de elevado precio, el “Sauternes”, y otro italiano de similar

¹⁹ Estos dos últimos aparecen en el menú del banquete de boda de los padres de Julieta Salas de Carbonell celebrado en 1896, citado en su obra **Caminos y fogones de una familia merideña**, Caracas, Empresas Polar, 2009, p. 48.

categoría, el “Lachrima”. Don Mariano asimismo menciona los “diablitos” de Chicago y los afamados “Jamones de Westfalia” originarios de Alemania. Añade que se podían adquirir finos paños ingleses, delicada encajería de Bruselas, sombreros de pelo-de-guama “de acabada manufactura inglesa, hasta el género blanco de los mejores telares alemanes”²⁰. Otras mercaderías extranjeras llegaron del Caribe a través de los negocios de trueque que, por café y cacao, realizaba en las islas el rico comerciante merideño Rafael Salas, seguramente de origen judío sefardí caribeño²¹ y masón, pues alguna vez mandó a grabar en el frontispicio de su vivienda los símbolos de la masonería²². Él es el fundador en Mérida de toda una vasta progenie de científicos y humanistas que aun llega hasta nuestros días.

²⁰ Caracas, Congreso de la República (**Obras completas**, v. 12), 1988, p. 13.

²¹ Apellido de origen asturiano, que luego se extendió por toda la península. Rufino Blanco Fombona se refiere alguna vez a Mariano Picón Salas como “el israelita merideño”.

²² Véase el trabajo de Francisco Franco: “Proceso contra Rafael Salas por pintar y grabar símbolos masónicos en la fachada de su casa (Mérida 1826)”, **Presente y Pasado** (Mérida), 13:25 (2009), pp. 179-186. Efectivamente existe una “masonería mixta” que permite a los judíos pertenecer a logias masónicas.

La imprenta llegó a Mérida en 1845 y fue recibida según nos cuenta Carlos Chalbaud Cardona “en las afueras de la ciudad con música, flores y pólvora y las casas fueron engalanadas para la ocasión”²³. Se inicia a partir de entonces la aparición de una serie de publicaciones periódicas que sirvieron de voceros a las distintas comunidades y a grupos literarios regionales. Entre 1854 y 1856 circula **La Abeja**, primer diario de la ciudad fundado por José Vicente Nucete, quien es el iniciador de otros periódicos, semanarios y revistas. Entre 1906 y 1908 circuló la revista de literatura y arte **Génesis** y a su alrededor se formó la Generación de igual nombre, que devela a una Mérida revolucionaria y de inquietudes intelectuales. Allí se integraron Américo Menda, José Ramón Gallegos, Julio Sardi, Humberto Tejera, Pedro José Godoy, Julio Consalvi, Juan Antonio Gonzalo Salas, unos poetas, otros ensayistas y el que sería uno de los más notables historiadores del país, Caracciolo Parra Pérez. Ellos llegaron a debatir en sus artículos temas sociológico, religiosos y de preceptiva literaria y ensayística; imposibilitados de atacar a la dictadura gomecista la

²³ **Historia de Mérida**. 3ª ed. Mérida, ULA, 2011, p. 405.

emprendieron contra la sociedad, el clasicismo y la religión, escandalizando a la ciudad con ideas y versos innovadores.

Las novedades se extendían igualmente a la moda, y en las librerías se podían conseguir unas seis revistas francesas de figurines o ilustraciones de los últimos estilos parisinos de donde las damas merideñas obtenían los modelos para la confección de sus trajes²⁴.

Emilio Menotti Sposito, poeta y editor de prensa, compiló hace ya varias décadas una nómina de publicaciones periódicas del estado²⁵ en el que aparecen más de ochocientos títulos lo que es bastante indicativo del interés por la divulgación de la cultura y los conocimientos en general. A partir de 1891 la Universidad comienza a publicar y lo hace hasta hoy día, anuarios, gacetas, revistas y semanarios contribución muy valiosa para el crecimiento de la cultura emeritense, por cuanto esos medios, los privados y los universitarios, fueron los únicos

con que contaron los escritores por muchos años, para dar a conocer sus trabajos, pues como siempre “más limpios que una patena”, muy pocos podían costearse la impresión de alguno de sus libros.

Las eventuales visitas a la ciudad de compañías de teatro itinerantes participaron en la progresiva educación de un pueblo que celebraba con música y desfiles su llegada. Con ellas el público pudo ser espectador, en una sala inaugurada en 1865, de obras de los afamados dramaturgos como las del español José Echegaray o las del venezolano Manuel Antonio Marín. En 1872 se realizó el montaje del drama histórico del médico merideño y profesor de la universidad Adolfo Briceño Picón, **El tirano Aguirre**; luego, en 1887, daría a conocer **Ambrosio de Alfinger o Los alemanes en la conquista de Venezuela** con la misma temática. Leonardo Azparren Giménez, crítico y estudioso del teatro venezolano, dedica un ensayo a Briceño Picón en donde afirma que ambas creaciones se destacan “por el espectáculo de su teatralidad, a todas luces superior en sus propósitos a las condiciones de producción de que dispuso el autor, pues es poco probable que sus exigencias

²⁴ Los títulos de esas publicaciones los ofrece Rafael Cartay en *op. cit.*, p. 26.

²⁵ **La prensa en el estado Mérida. Centenario del periodismo merideño. Nomina de las revistas y periódicos que vieron la luz en la estado Mérida, desde 1840 hasta 1950.** Mérida, ULA, 1951. 44 p.

de tramoya hayan sido satisfechas”²⁶. Aspectos que hablan muy bien del conocimiento que el autor poseía del mundo teatral así como de la cultura escénica de un público que dio buena acogida a las varias representaciones que se hicieron de la primera obra. En 1877 visitó la ciudad la Compañía dramática española de Manuel Carmona; en 1878 la Compañía de Manuel Puente. Años más tarde pasó por la ciudad la compañía de zarzuelas Padrón y Romero que deleitó a los merideños con sus obras y sus actrices, bajo la protesta del clero que predicaba sobre los peligros que representaba “ese teatro profano, verdadera antesala del pecado mortal”²⁷. Hasta entonces como afirma Picón Salas “Mérida tuvo que contentarse en materia de teatro con las comedias mitológicas de puros personajes masculinos que para regocijo de sus seminaristas (...) componía el señor obispo de la Diócesis”²⁸, probablemente, monseñor Román Lovera.

²⁶ “Adolfo Briceño Picón; la historia, el patriotismo y el teatro histórico”, **Estudios sobre teatro venezolano**. Caracas, UCV, 2006, p. 142.

²⁷ En M. Picón Salas, **Viaje al amanecer**. Caracas, Monte Ávila Edits. (Bibl. M. Picón Salas, I), 1987, p. 101.

No podemos olvidar la música. Influencia decisiva ejerce el impresor, músico y compositor caraqueño José María Osorio, quien se traslada a Mérida en 1836 y logra hacer una representación a mediados del siglo XIX de su ópera **El maestro Rufo zapatero**, la primera escrita por un autor venezolano. Ese acto debió seguramente llevarse a efecto en el hogar de don Juan de Dios Ruiz, protector de la Sociedad Filarmónica, en donde se realizaban frecuentes veladas literario-musicales²⁹. Este sobresaliente personaje funda a los dos años de su arribo una orquesta filarmónica, una escuela de música y la mencionada Sociedad; además construyó instrumentos y, por si fuera poco, adquirió la primera imprenta que llegó a la ciudad y la administró hasta 1852 fecha de su muerte. Su labor dejó huella permanente en todo el estado a través de sus discípulos, porque por décadas se sucedieron las estudiantinas, bandas, orquestas y otros tipos de agrupaciones musicales que amenizaban actos litúrgicos y académicos, festividades religiosas, corridas de toros, la proyección de una

²⁹ El dato lo ofrece el Prof. José Peñín, en **José María Osorio, autor de la primera ópera venezolana**. Caracas: CONAC / Instituto Latinoamericano de Investigaciones y Estudios Musicales Vicente Emilio Sojo, 1985, p. 139.

película o la llegada de una compañía teatral, eventos curiosamente inconcebibles sin la participación de los cultivadores del arte de Euterpes.

Si el medio geográfico como hemos dicho determinaba un cierto aislamiento de los merideños, la universidad, por su parte, estimulaba los espíritus de sus alumnos, dando alas a la imaginación a unas gentes que de por sí eran proclives a la meditación que el medio conventual había promovido. Mucha debió ser la resistencia de las familias más tradicionales y conservadoras acostumbradas a viejos hábitos y preconcepciones, para aceptar las innovaciones que traían los jóvenes –rebeldes como corresponde– que habían salido a realizar estudios, y las lecturas que divulgaba la prensa. Bien lo dice Picón Salas “el frenesí que en otras tierras lanzaría a las gentes a las aventuras del arte o del conocimiento, parece estrellarse contra aquellos picachos andinos, coronados de frías nubes errantes, recorridos de negros pájaros altaneros que resguardaban los tejados de la provincia”³⁰. Sin embargo

³⁰ **Regreso de tres mundos. Un hombre y su generación.** Caracas, Monte Ávila Editores (Biblioteca Mariano Picón Salas, I), 1987, p. 175.

poco a poco los cambios se van introduciendo, la modernidad es indetenible, llega la carretera trasandina en 1925³¹ y la sociedad se abre a las gentes que van llegando.

La Universidad de Los Andes contaba con distinguidos pedagogos, de los mejores talentos del país, que favorecían un entorno de discusión sobre los nacientes ideales, las teorías, los conceptos y las doctrinas que en los diversos ramos del saber se desarrollaban en el mundo. En ella fluyen de manera progresiva las generaciones que tuvieron y siguen teniendo activo ascendiente en asuntos de trascendencia para la nación. Entre esos catedráticos estuvo el Dr. Diego Carbonell, rector de la Universidad de Los Andes entre 1917 y 1919, quien además de renovar los esquemas universitarios dio a conocer novísimas doctrinas científicas que chocaban con lo que por décadas se venía transmitiendo en el claustro en los campos de la biología, la filosofía y la historia. Él venía de codearse en

³¹ “La carretera está terminada y el 20 de este mes vendrán los primeros automóviles de Valera” dice exultante Roberto Picón Lares a su amigo Mario Briceño Iragorry en carta del 6 de enero de 1925, publicada en **Epistolario IV. Mario Briceño I.** Caracas, Congreso de la República (Obras completas, v. 23), 1998, p. 40.

Europa con destacados científicos e intelectuales que para entonces hacían vida en París, desde siempre considerada la capital cultural del mundo. Uno de sus contertulios en ese período fue el poeta nicaragüense Rubén Darío, del que fue no solo médico sino también amigo y sobre el que escribiría un trabajo de interpretación psicológica³². La presencia de Carbonell en Mérida causó conmoción por lo heterodoxo de sus concepciones, pues algunas enfrentaban tanto al tradicionalismo y la religiosidad de la sociedad como a la intolerancia de una clerecía bastante conservadora que mantenía papel tutelar en lo universitario. Tanto fue el impacto de sus ideas que la iglesia llegó a decretar su excomunión. Esa ortodoxa clerecía merideña estuvo siempre alerta ante los brotes de irreverencia que cíclicamente se sucedían en la ciudad, o que se manifestaban a través de las novelas de autores como las de Gonzalo Picón Febres, quien fue acusado de hereje. Y no olvidemos que igualmente de herejes fueron acusados Mariano Picón Salas y Emilio Menotti Sposito. Mario Briceño Iragorry en aquel tiempo estudiante en la ciudad llegó

³² Lo morboso en Rubén Darío; ensayos de interpretación científica. Caracas, Artes Gráficas, 1943. 228 p.

a publicar un artículo en defensa de Judas³³ y en carta a su amigo Víctor Manuel Pérez Perozo hace una confidencia: “En Mérida mis días de Universidad fueron a la par de escándalos religiosos. No contento de seguir mi propio impulso, hice míos los de Diego Carbonell, entonces Rector de la vieja casa de San Buenaventura. Allí, por indicación suya, atacé a España en el mero día de la Raza”³⁴. Fruto entonces de todas las circunstancias mencionadas anteriormente, lo telúrico, la educación, la universidad, las bibliotecas, la inmigración, las imprentas, el medio cultural y social, es la pléyade de escritores universales de primerísima importancia que produce la región: Julio César Salas, Tulio Febres Cordero, Gonzalo Picón Febres, Caracciolo Parra Pérez, Caracciolo Parra León, Mariano Picón Salas, José Nucete Sardi, Oswaldo Trejo Febres y Antonio Márquez Salas, coincidentemente casi todos emparentados entre sí, y otros que no lo están, como Rafael Ángel Rondón Márquez, Eloy Chalbaud Cardona, José Humberto Quintero,

³³ “La falsa traición de Judas (Capítulo de ensayo crítico)”, **Mercurio**. Valera, [1918-1919?]. Recogido en **Obra literaria II (Primeras páginas)**. Caracas, Congreso de la República (Obras completas, v. 13), pp. 234-242.

³⁴ **Epistolario III**. Caracas, Congreso de la República (Obras completas, v. 22), 1997, p. 551.

Humberto Tejera, Héctor García Chuecos, Román Chalbaud y Alberto Adriani.

En las primeras décadas del siglo XX convergió en Mérida para realizar estudios, la flor y nata de la intelectualidad del Occidente y Centro del país. Del Táchira llegaron Tulio Chiossone y Amenodoro Rangel Lamus; de Trujillo, Mario Briceño Iragorry, Ramón Urdaneta Braschi y Ramón Llaveneras; de Maracaibo, el ensayista y poeta Héctor Cuenca; de Caracas, Héctor Parra Márquez y Luis Pinto Salvatierra, futuros grandes juristas. Hacían vida al lado de los escritores merideños los ya mentados Spósito y Carbonell, Tulio Febres Cordero, Gonzalo Picón Febres y sus hijos Roberto y Eduardo Picón Lares, Florencio Ramírez, Pedro Pineda León, Antonio Spinetti Dini, Raúl Chuecos Picón, Pedro María Patrizzi y Juan Antonio Gonzalo Salas. Más tarde llegaron y ya se fueron Alfonso Cuesta y Cuesta, Pepe Berroeta y Jesús Serra. En la actualidad están, y siendo el listado de ilustres intelectuales muy amplio, mencionaremos a manera de ejemplo solo a: José Manuel Briceño Guerrero, Jacqueline Clarac de Briceño, Carlos César Rodríguez, Alberto Rodríguez Carucci, Alí López Bohórquez, Luis Ricardo Dávila, Gregory Zambrano, Víctor Bravo, Adelis León Guevara, Simón Noriega, Edda Samudio,

Jesús Rondón Nucete, Rafael Cartay, Ricardo Gil Otaiza, Carlos Chalbaud Zerpa, Alexandra Álvarez Muro, María Luisa Lazzaro, Enrique Obediente, Humberto Ruiz Calderón, Simón Alberto Consalvi y Domingo Alberto Rangel. Son todos intelectuales que esforzados en crear una obra, una cultura, una identidad civilista y un gentilicio, y en mantener la dignidad del ser humano proclaman a través de sus escritos la libertad de pensamiento, misión última de instituciones como la que esta tarde nos cobija que busca mantener vivo ese espíritu para elevar la condición moral e intelectual de la sociedad a la que pertenecen.

El *Diccionario* que acompaña a estas palabras es un gran recuento de lo que ya casi en dos siglos se ha hecho, allí además de una concisa información biográfica sobre los autores, está referida su producción: las crónicas, textos autobiográficos, la crítica, la reflexión filosófica, la producción narrativa, poética y teatral, la ensayística y los estudios geográficos, jurídicos, sociológicos, pedagógicos, antropológicos, lingüísticos, etnográficos o históricos. Junto a los escritores nativos abundan los procedentes de otras regiones del país u otras naciones, situación que ha dificultado un poco la selección de los incluíbles en esta obra. Con fines

prácticos hemos considerado que son merideños no solo quienes nacieron en territorio merideño sino también aquellos que viven o que vivieron algún período de su vida y produjeron aquí parte o la totalidad de su obra. Están entonces, todos aquellos que tienen publicada por lo menos una obra, individual o en coautoría; obviando, sí, los materiales inéditos y los artículos aparecidos en revistas especializadas por muy numerosos o enjundiosos que pudieran ser.

Creemos ayudar con él, a la divulgación y el conocimiento real de lo que a través de muchas décadas ha sido el fruto de la meditación, la inspiración, el trabajo esforzado y las investigaciones concluyentes. Nos acerca a lo que hemos sido y lo que somos, a nuestra realidad y nuestra identidad, e invita a reflexionar sobre lo mucho que todavía puede esperarse del poderoso movimiento intelectual que se ha desarrollado en la Universidad y en otras instituciones, y en los últimos años, bajo el alero de esta multifacética Academia de Mérida que tan importantes servicios viene prestando al conocimiento de la región y sus circunstancias.

Para concluir no me queda sino agradecer su asistencia a los honorables académicos, así como a los colegas y amigos que

han tenido la generosidad de venir a acompañarme a este, para mi familia y para mí, memorable acto.